v.668

NAPOLEÓNICAS

(ESCENAS DEL PRIMER IMPERIO)

Obra en 3 actos y 14 cuadros

libro original de

MILLÁ Y FIRMAT

40 céntimos

1925 a 1926
1962
[666:1]

NAPOLEÓNICAS

[1925]

ESCENAS DEL PRIMER IMPERIO

Obra en tres actos y 14 cuadros

Libro original de

MILLÁ y FIRMAT

Adaptaciones musicales de autores clásicos

Es propiedad de los autores.

La «Sociedad de Autores Españoles» es la encargada del cobro de los derechos de representación.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

7161—ARTES GRÁFICAS, S. A., SUCS. DE HENRICH Y C.ª—BARCELONA

PERSONAJES

JOSEFINA	*Sra. Chaffer.*
CAROLA	*Srta. Coscolla (R.)*
LAURETA	*Srta. Coscolla (E.)*
CATALINA	*Srta. Enriqueta*
D.ª EUFRASIA	*Sra. Gil (E.)*
DAMITA	*Srta. Cos (E.)*
CHISPILLA	*Srta. Coscolla (F.)*
NAPOLEÓN	*Sr. Barajas*
CARLOS	*Sr. Aróstegui*
NICOLÁS	*Sr. Torres*
MAESE PABLO	*Sr. Daguery*
FREDY	*Sr. March*
GASTÓN	*Sr. Valor*
ARTHUR	*Sr. Martí*
HÉCTOR	*Sr. Oliva*
D. HELIODORO	*Sr. March*
ANSELMO	*Sr. Espinosa*
PEDRO	*Sr. Daguery*
MAESTRO DE CEREMONIAS	*Sr. Alfredo*
EMBAJADOR RUSO	*Sr. Ramiro*
OFICIAL	.....

DAMISELAS, PETIMETRES, PUEBLO, SOLDADOS
Y MILITARES DE ALTA GRADUACIÓN.

TÍTULOS DE LOS CUADROS

I. — Símbolo.
II. — Damiselas y Petimetres.
III. — La *toilette de la emperatriz Josefina.*
IV. — «Un contratiempo», cuadro histórico de Luis Cardette.
V, VI y VII. — Las hazañas de Napoleón en los campos de batalla de Jena
VIII. — Napoleón en París.
IX. — Fiesta en honor de Napoleón.
X. — Las joyas-regalos imperiales.
XI. — Escena en una calle del viejo París.
XII. — Una boda en la iglesia de Santa Genoveva.
XIII. — Intermedio, efecto luminoso.
XIV. — Una fiesta en los jardines de Versalles.

Director Artístico:

JOSÉ CASTELLS

Director de Orquesta:

ANTONIO CAPDEVILA

Director Mímico:

JUAN CARBONELL

DANZAS Y EVOLUCIONES

puestas por

KARINSKA Y DOLINOFF

primeros bailarines del Gran Teatro Nacional de Moscou

---

40 Profesores de Orquesta ↔ 20 Profesores de Banda

Decorado de CASTELLS Y FERNÁNDEZ.

Figurines de CASTELLS Y FERNÁNDEZ Y BARBIER, interpretados por MAX WELDY, MANUELA CAPISTROS y CASA PAQUITA.

Trajes especializados, sedas, tules y tissús de las casas CAUCHOT, MEUNIER, FILS, LOUIS MATHIEU, de París y VARILLON et BATAYRON, de Lyon.

Cascos y corazas de la casa CHEVALIER et Cie, de París.
Esculturas de ESCALER, SABADELL y MORE.

Aparatos de proyección e iluminación, de CLEMENCON et Cie, de París y A. E. G., de BERLÍN.

PISTA ACUÁTICA

construída por la casa BUTSEMS y C.ª

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO. — Símbolo

nfonía.

Al levantarse el telón preséntase, en extendido dosel, las Insignias de Napoleón en riquísimo emblema.

Las figuraciones que las componen, merced al repliegue y disposición de su ropaje, cobran vida y en metamorfosis quedan convertidas en bellísimas Damiselas, que en caprichosos grupos demuestran su impaciencia, ya con nerviosos golpecitos de pie en el suelo, ya mirando a derecha e izquierda con sus impertinentes, esperando la llegada de sus Petimetres, que ellos son su anhelo.

Ellos llegan por fin.

Ellas muéstranse ofendidas por la tardanza; mas la aparición (por la pista) de unos ricos ramos de flores, desarrugan su ceño, viéndose espléndidamente obsequiadas por sus galanes.

Hecha la invitación para la danza, Ellas aceptan sonrientes y gozosas bailando un

Minué

que finaliza con pose y obscuridad para la *Mutación.*

El símbolo de este cuadro es Amor Cortesano: nada de corazón: todo superficial, evolutivo en su más refinada galantería de la época.

CUADRO II

A todo foro, riquísimo tocador de Josefina, primera esposa de Napoleón.

Nicolás, almibarado peluquero de la época, se halla dando los últimos toques al caprichoso peinado de Josefina, la cual se halla sentada delante de un gran espejo en el que se refleja su figura.

Carola, camarista, entrega una carta a Josefina, que la lee con cierta displicencia.

JOSEFINA «Sin ti la vida no me es posible.»
Que exageración!
«Ven a mis brazos, amantísima esposa.»
CAROLA (¡Esto es amor verdadero!)
JOSEFINA «Seis horas te doy de tiempo para que me escribas una carta de cuatro carillas con letra muy menudita, y que por un propio de toda tu confianza, me la remitas.»
¡Válgame Dios! ¡Cuatro carillas! ¡Carta de cadete enamorado!

(Ligera pausa.)

CAROLA No le place a la señora
esos fervientes deseos
de su amante esposo!
JOSEFINA Sí...
Me complacen, no lo niego,
pero me gusta la estancia
en París, por sus festejos.
Y a más, si Napoleón
está al llegar, según creo,
para qué emprender un viaje
a mil percances expuesto!
CAROLA Tiene razón la señora.
(Yo corriera a él al momento.)
NICOLÁS Queda ya listo el peinado,
que a mi ver resulta espléndido.

(Con gran rendimiento.)

¡Podré saber si mi numen
interpretó su deseo
con toda fidelidad,
mi señora!
JOSEFINA

(Levantándose y contemplándose detenidamente en el espejo.)

Sí por cierto.
NICOLÁS ¿Le complace mi obra?
JOSEFINA Eres
artista de mucho mérito.
Nicolás.
NICOLÁS Corto, muy corto
en este punto es mi ingenio,
pues adornar vuestra testa

es... embellecer lo bello.

JOSEFINA Vamos, Nicolás, no seas
ridículo por modesto.

NICOLÁS Oh, majestad...

JOSEFINA Los perfumes
es lo que falta.

NICOLÁS Al momento.

(Da la orden y el espejo transfórmase en caja de perfumes. Baile.)

(Terminada la exhibición, cesa la MÚSICA.)

NICOLÁS ¿Qué perfume es el que os place,
mi señora?

JOSEFINA Todos ellos
son de mi gusto.

NICOLÁS Así pues...

JOSEFINA Alternar es mi deseo.
Según el traje, la fiesta,
la reunión, o el concierto,
sabré elegir.

NICOLÁS Majestad...
magnífico pensamiento.

(Retírase a un lado, recogiendo sus enseres.)

(De pronto óyese el canto de CARLOS. JOSEFINA lo escucha con sorpresa y encantamiento de la voz. CAROLA, con goce de enamorada.)

CARLOS

(Dentro.)

Mujer de mis pensamientos,
presta a mis quejas favor,
que son las de un desdichado
que por ti muere de amor.

JOSEFINA ¡Hermosa voz!

CAROLA (¡Es mi Carlos!)

CARLOS Amor, amor es la vida,
vida de felicidad:
no te demuestres ingrata,
dame vida de verdad.

JOSEFINA ¡Enamorado se muestra el atrevido cantor!

CAROLA (¡Cómo decir que es mi novio!)

CARLOS — Si mis amores desdeñas
tu desdén será un puñal
que me dejará sin vida
al pie de tu ventanal.

Carola mía,
no seas cruel,
calma las penas
de este doncel.

JOSEFINA — ¿Ha dicho, Carola?
CAROLA — Si lo ha dicho, señora.
JOSEFINA — ¿Luego es a ti a quien va dirigida la trova?
CAROLA — A mí es.
JOSEFINA — ¿Y quién es él?
CAROLA — Un obscuro soldado sin protección.
JOSEFINA — Te engañas, pues desde hoy podrá contar con la mía.
CAROLA — Oh, señora...
JOSEFINA — ¿Es buen mozo?
CAROLA — Para mí, mucho.
JOSEFINA — Quiero conocerlo personalmente. Hazle subir.
CAROLA — ¡Cómo, es posible! Aquí, en la intimidad de vuestro tocador, un sencillo soldado...
JOSEFINA — Soldado que por ser él elegido de tu corazón, bien puede decir que ha hecho su fortuna.
CAROLA — ¡Oh, qué felicidad!
JOSEFINA — Lo dicho: haz que se presente.
CAROLA — Va acompañado de sus inseparables cuatro amigos que con ellos dice ser los cinco dedos de la mano, por la amistad que les une.
JOSEFINA — Mejor. Que se presente con ellos. Así podrán ser testigos de mi protección a vuestros amores y nada murmurada será su presencia ante mí en esta estancia.
CAROLA — ¡Cómo podré pagar tantas bondades!...
JOSEFINA — Sirviéndome fielmente como hasta aquí lo has hecho.

(Entregándole un collar.)

Toma.
CAROLA — ¡Un collar de perlas! ¡Qué preciosidad!

(Va a ceñírselo, pero de pronto detiene su acción.)

Lo guardaré para lucirlo el día de mis bodas.
JOSEFINA — Para entonces otros serán mis regalos.

(Se lo pone.)

CAROLA Oh, señora... Señora...

JOSEFINA Ve tu misma a guiar hasta aquí a tu novio y a sus amigos.

CAROLA En volandas.

NICOLÁS

(Al pasar CAROLA junto a él, al marchar rápida.

(¡Qué suerte la tuya, picaruela!)

JOSEFINA ¿No se ha descompuesto mi peinado, Nicolás?

NICOLÁS

(Examinándolo minuciosamente.)

Ni un solo cabello se halla fuera de su correspondiente y envidiable lugar, majestad.

JOSEFINA Puedes retirarte, Nicolás.

NICOLÁS Siempre humilde a vuestras órdenes, majestad.

(Con gran reverencia, sin volver la espalda hasta desaparecer.)

(JOSEFINA contémplase en el espejo.)

CAROLA Por aquí.

(Preséntanse CARLOS y sus cuatro amigos, que son: FREDY, GASTÓN, ARTHUR y HÉCTOR. Al verse delante de JOSEFINA, quédanse cuadrados a la vez que sorprendidos, exclamando a una voz.)

¡La emperatriz!

(Pausa, durante la cual JOSEFINA, valiéndose de sus impertinentes, examina detenidamente a los cinco amigos.)

GASTÓN (¡Con que detención nos mira!)

FREDY (De la cabeza a los pies.)

HÉCTOR (¡Vaya un singular examen!)

JOSEFINA

(Nueva pausa, más ligera. Señalando a CARLOS.)

Este es tu novio. ¿Acerté?

CAROLA Como en todo, majestad.

JOSEFINA ¿Tu nombre?

CARLOS Carlos Montfiel
siempre a vuestros pies rendido,
majestad.

JOSEFINA Muy bien, muy bien.
(Carola, te felicito.)

CAROLA (Señora...)
JOSEFINA (Tu novio es
de los cinco el más gallardo.)
CAROLA (Oh, señora... No os burléis...)
JOSEFINA (Protección que te ofrecí
voy a evidenciar en él.)
Carlos, de unas letras mías
tu el portador vas a ser
a mi esposo en propia mano.
Cumpliendo mi encargo fiel
vas a obtener recompensas
como nadie.
CARLOS Cumpliré
aun a costa de mi vida,
que mi vida, vuestra lo es.
JOSEFINA Espera con tus amigos
órdenes que te daré
para la partida.
Vamos.

(A CAROLA.)

TODOS Majestad: a vuestros pies.

(Inclinándose hasta que JOSEFINA desaparece junto con CAROLA.)

FREDY Afortunado mortal
eres, mi querido amigo.
GASTÓN Ya tienes hecha tu suerte:
¡no sabes lo que te envidio!
FREDY Y que tu novia Carola
es un verdadero hechizo.
HÉCTOR Y a más, de la emperatriz
resultas el protegido.
CARLOS ¡Me confunde tanto honor
y no sé a que atribuirlo!
FREDY ¡A tu gallarda presencia!
GASTÓN A tu continente digno.
ARTHUR A tu estrella.
HÉCTOR A ser quien eres.
CARLOS ¡Y qué soy yo!
HÉCTOR ¡Qué! Un capricho...
CARLOS ¡Capricho!
FREDY Sí, hombre, sí.
CARLOS ¿Pero de quién? ¡No adivino!

FREDY — Pues... capricho de la suerte
que del cielo te ha llovido.
CARLOS — Hablad claro.
HÉCTOR — ¡Más aún!
GASTÓN — ¿De la emperatriz no estás
a su directo servicio?
CARLOS — Sí lo estoy, y ese es mi honor.
GASTÓN — Pues... ya basta con lo dicho.

(Aparece un OFICIAL que entrega a CARLOS un pliego abierto y otro cerrado.)

CARLOS — Orden me dan de partida portador a su destino de estas letras.

(Las del pliego cerrado.)

OFICIAL — Servicio del Emperador.

(Ha dado la voz por el fondo por donde se presenta el escuadrón de SOLDADOS que evolucionan por la pista hasta su marcha total.)

CUADRO III. — LA HERRERÍA

Las primeras casas de una aldea.

MAESE PABLO trabajando en el yunque, junto al portal de su casa.

LAURETA, su hija, sentada en pequeño banquillo y partiendo espinacas que va tirando en una cubeta de madera que tiene a su derecha.

CHISPILLA, aprendiz, atento a servir a su maestro.

Recitado con entonación

M. PABLO — El fuego enrojece el hierro
hasta hacerle chispear,
y en los campos de batalla
se le ve centellear.
Arma blanca es del soldado
gran defensa al combatir
cuerpo a cuerpo a último extremo
hasta vencer o morir.
Herrero de yunque y fragua
y a más a más herrador,
trabaja apretando el puño
demostrando tu vigor.

(Al Aprendiz repicando a compás.)

Dale muchacho
aire al martillo,
sean tus golpes
secos y vivos,
rápidos, rectos
y repetidos.
Dale muchacho
aire al martillo.

Laureta — Aun no ha aprendido Chispilla
de la canción el dictado!

M. Pablo — Se la repito mil veces
y no le queda al gaznápiro.

Laureta — ¡Será torpe!

M. Pablo — Tu lo dices.
Es vivo para el trabajo,
pero de oído muy duro,
y de memoria algo flaco.

Laureta — ¡Chispilla, ¿cómo se explica
que te muestres tan reacio?

Chispilla — Si sólo hace seis semanas
que me lo están enseñando.

Laureta — ¿Y qué, te parece poco?

Chispilla — Si ya lo sé...

(Bromeando.)

M. Pablo — ¡Renacuajo!
Esto es decir ¡vive el cielo!
que de mí te estás burlando!

Chispilla — No. Dios me libre, maestro.
Vais a ver como lo canto.

(Muchos preparativos cómicos.)

«El fuego enrojece el hierro»
¿Eh? ¡Qué tal!

M. Pablo — Sigue, muchacho.

Chispilla — «El fuego enrojece...

M. Pablo — Si,
lo enrojece; sigue, vamos...
Y una vez enrojecido?...

Chispilla — Es preciso golpearlo
para darle forma de...

M. PABLO — De herraduras para el asno
que eres tú.
CHISPILLA — Si todo es broma...
M. PABLO — ¡Bromitas a mí! Al trabajo
que por tus mañas, tunante,
ya mucho habemos holgado.

(Vuelven a martillear sobre el yunque.)
(Pausa.)

LAURETA — ¡Padre, no oís?
M. PABLO — Qué, ¿hija mía?
LAURETA — Mirad, se acercan soldados.

(Señalando por el lado que llegan en cuya dirección MAESE PABLO dirige su mirada poniéndose la diestra como pantalla en los ojos.)

M. PABLO — Verdad es, sí: un pelotón
hacia aquí dirige el paso
dejando a un lado el camino
directo que va al poblado.
LAURETA — ¿Qué querrán?
M. PABLO — Ya lo sabremos,
si es que no pasan de largo.
Mira, por lo pronto, hija,
ve y enciérrate en tu cuarto;
que una moza en estos tiempos
de conquista... no es del caso,
pues aunque sean amigos...
no dejan de ser soldados.
LAURETA — Obedezco. (Por el quicio
de la puerta he de observarlos.)

(Vase por la casa recogiendo la cubeta.
Llegan dos oficiales a pie y NAPOLEÓN. Los dos oficiales traen por la brida sus caballos más el del Emperador.)

NAPOLEÓN — ¿Es esta herrería?
M. PABLO — Lo es: ya lo veis.
NAPOLEÓN — ¿Y vos el maestro?
M. PABLO — También cierto es.
NAPOLEÓN — ¿En cuantos minutos
rápido podréis
calzar mi caballo
no más que de un pie?

M. PABLO — En dos a lo sumo.
NAPOLEÓN — Que no sean tres.
M. PABLO — Cantando, trabajo
más a prisa y bien.
NAPOLEÓN — No pierdas el tiempo.
M. PABLO — No lo sé perder
que siempre he sabido
su valor cuál es.
CHISPILLA — (¿Quién será este tío
con tanta altivez?)

MÚSICA

(MAESE PABLO canta a toda voz las estrofas que al principio del cuadro recitó, en tanto hierra el caballo.

Por los laterales asoman varios vecinos del pueblo, y a LAURETA se la ve curiosear por la entreabierta ventana de la casa.

Pose del cuadro de Luis CARDETTE *UN CONTRATIEMPO*.)

HABLADO

M. PABLO — Ea, lista quedó ya la herradura.
OFICIAL — ¿No se desprenderá?
M. PABLO — Va bien segura.
Por caminales los más encharcados,
y por atajos los más empinados,
bien puede el jinete con ardimiento
lanzarse veloz como el mismo viento
sin temor de que a su cabalgadura
pueda otra vez saltarle la herradura.
NAPOLEÓN — ¿Bien claveteada va?
M. PABLO — Os lo aseguro:
de un nuevo *contratiempo* no hay apuro.
NAPOLEÓN — Veamos cuál es tu paga.
M. PABLO — Ninguna:
que bien que la cobré y es mi fortuna.

(NAPOLEÓN, con un pie ya en el estribo, mira al herrero como interrogándole.)

Para este herrero, ¿qué paga mayor
que calzar vuestro caballo, señor?

(Ya montado.)

NAPOLEÓN ¿Tu nombre?

M. PABLO Pablo Thur.

NAPOLEÓN Por tu arrogancia eres francés.

M. PABLO Lo soy.

NAPOLEÓN ¡Viva la Francia!

M. PABLO ¡Viva la Francia y el Emperador!

(Saludos, y todos los oficiales montados a caballo, parten rápidos por la pista. CHISPILLA, de un salto, queda a horcajadas sobre el yunque y parodiando la habitual pose de NAPOLEÓN, dice: — El Emperador.

CUADRO hasta que desaparecen de vista.

Queda el teatro a obscuras para la *mutación*.)

CUADRO IV. — BATALLA DE JENA

Vivac de NAPOLEÓN en los alrededores de Jena (13 de octubre de 1806).

Campo llano: a la izquierda, la tienda de campaña de NAPOLEÓN, con guardia a su puerta y junto a ella un MAMELUCO manteniendo por la brida el caballo del Emperador.

NAPOLEÓN sentado junto a una tosca mesa de campaña, consultando un plano.

A su frente, teniendo por asiento un tambor, el mariscal BERTHIER. Detrás de éste, SOULT, NEY, LANNES y AUGUEREAU.

A su espalda, el duque de BERG (Murat) y BERNADOTTE, también con un plano.

En segundo término, otros OFICIALES de distintas armas.

Cuadro de Guido Sigresti

HABLADO

NAPOLEÓN Aquí.

(Después de larga pausa, señalando un punto del mapa.)

Los prusianos han tomado posiciones en las cercanías de Erfurt y Veimar. Sus fuerzas están distribuídas en dos partes, como lo estaba Mack en Ulma hace un año.

Los prusianos dan sus espaldas al Rhin.

He aquí nuestra colocación escalonada: A la derecha, con una división de bávaros, Soult y Ney.

A la izquierda, Lannes y Auguereau. Al centro, Bernadotte y Davoust y la guardia reforzada con la reserva de caballería por Murat. Así, atacando yo por la meseta que el enemigo ha despreciado por creerla inaccesible, se verán presos entre dos fuegos sin salvación.

(A sus oyentes.)

¿Está entendido?

(Ademán de asentimiento en todos.)

Nos hallamos a 13 de octubre; dentro de breves días quiero entrar triunfante en Berlín, quedando sometida toda la Prusia.

(Levantándose.)

Hemos terminado. Cada uno a su puesto designado a esperar que brille el sol del nuevo día, que ha de ser el de nueva victoria para la Francia.

(Saludos militares, quedando NAPOLEÓN con algunos OFICIALES.)

A ver: que se presente el héroe de la pasada jornada, Carlos Montfiel.

(Preséntase CARLOS, herido del brazo izquierdo, que lleva en cabestrillo.)

CARLOS A la orden.

(Cuadrándose.)

NAPOLEÓN Tú fuiste el portador de la última carta recibida de mi adorada esposa Josefina.

CARLOS Mío fué ese honor, sire.

NAPOLEÓN Y fuiste tú también el que, arriesgando la vida, paraste el golpe de sable a mí dirigido por un enemigo al que partiste el cráneo con tu fusil, no sin quedarte herido en el brazo.

CARLOS Ello es mi honra, sire.

NAPOLEÓN Y la mía lo es premiar el valor de mis soldados.

(Hace seña a su ORDENANZA para que los soldados formen en cuadro de honor, y con toda ostentación y solemnidad, NAPOLEÓN con su propia mano condecora a CARLOS.)

MÚSICA y evoluciones propias.

CARLOS ¡Viva el Emperador
TODOS ¡Viva!

(Cañonazos y disparo de fusilería. Preséntase rápido un OFICIAL.)

OFICIAL El enemigo ataca.
NAPOLEÓN Di más bien que precipita su perdición. ¡Franceses! ¿Hay alguno de vosotros que quiera volver a Francia por otro camino que no sea el de la victoria? ¡No! ¡Nosotros no podemos volver sino pasando bajo los arcos de triunfo! ¡Adelante siempre!
¡Viva la Francia!

(Varios aspectos de combate, finalizando un CUADRO PLÁSTICO entre continuo tiroteo y humo de la batalla.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO. — Napoleón en París

Antesala del despacho de Napoleón.

Gran ventanal a la derecha, por donde penetra la luz que ilumina la estancia.

Napoleón, en su mesa despacho, de cara al público, firmando varios pliegos que entrega a Carlos, que espera órdenes a su lado.

Un Granadero haciendo guardia entre el ventanal y la puerta de entrada al despacho.

Por las calles figura circular el pueblo entusiasmado vitoreando a la Francia y a su Emperador. Las voces llegan a escena en rumor general.

Numerosa Banda deja sentir «El Regreso del Soldado». (27 de julio de 1808.)

Napoleón termina la firma y entrega los pliegos a Carlos.)

Napoleón — A su destino: rápido.

(Carlos va al primer término izquierda.

Napoleón, pausadamente, dirigiéndose al ventana

El Granadero presenta armas.

Entregados los pliegos, Carlos, al ver al Emperador junto al ventanal, dirígese a él respetuosamente.)

Carlos — ¡Con cuánto regocijo el pueblo aclama a su Emperador!

Napoleón — Yo acepto sus alegrías que son las mías, como hombre de guerra siempre vencedor por la gracia de Dios.

Carlos — La paz con Rusia es un hecho.

Napoleón — No sin grandes fatigas.

Carlos — Ciertamente: por ello tiempo es de que os entreguéis al descanso, majestad.

Napoleón — ¡Quién habla de descansar!

Carlos — Vuestra preciosa salud, sire.

Napoleón — Mi salud es de hierro como lo fué tu brazo al salvarme de la muerte.

CARLOS Cumplí con mi deber.
NAPOLEÓN ¿Tu herida?...

(Moviendo el brazo que en el cuadro anterior llevaba en cabestrillo.)

CARLOS Ni recuerdo de ella queda ya.
NAPOLEÓN Yo sí la recuerdo.
CARLOS ¡Oh! majestad, sobradamente habéis recompensado mi natural acción elevándome hasta vuestro lado para serviros con alma y vida.
NAPOLEÓN No soy hombre nacido para olvidar ni lo bueno ni lo malo.

(Aparece el MAESTRO DE CEREMONIAS de Palacio.)

M. DE C. La Embajada Rusa, majestad.

(NAPOLEÓN indica que está dispuesto a recibirla.

CARLOS da orden al GRANADERO centinela para que con la GUARDIA formen para recibir a la EMBAJADA, que efectúa su aparición al quedar formado el cordón de Granaderos.)

MÚSICA

(Presentación de la EMBAJADA RUSA.)

HABLADO

NAPOLEÓN Bienvenidos sean los amigos.
EMBAJ. Amigos, sí, que a la vez que traen a V. M. el saludo de la Patria, llegan también para tomar parte en la fiesta que para esta noche está anunciada en Palacio.
NAPOLEÓN Agradable nueva.
EMBAJ. De nuestro país traemos las más famosas danzarinas y los más característicos bailes, cuya ejecución esperamos se verá honrada con la presencia de vos, Emperador, y de vuestra esposa la Emperatriz Josefina la *Dama de las Victorias.*
NAPOLEÓN Bien que nos place y honra vuestro concurso a la fiesta. Pasemos a mi biblioteca donde ultimaremos el programa de la velada.

MÚSICA

(Los GRANADEROS abren paso formando fila y desapareciendo por el despacho.)

Hasta perderse por completo el rumor de la MÚSICA queda la escena sola.

(Por lateral izquierda, primer término, aparece JOSEFINA acompañada de CAROLA.)

JOSEFINA (¡Nadie! Por aquí ha de cruzar, no me cabe duda.) Puedes retirarte, Carola. Aquí, junto al ventanal me quedo entregada al pensamiento de mi amado pueblo.

CAROLA ¿No necesita de mí, la señora?

JOSEFINA No. Desde este momento quedas libre de todo servicio hasta mañana.

CAROLA Como os plazca, señora. (¡Por dónde andará mi Carlos! En todo el día no he podido hablar con él.)

(Vase por lateral izquierda.)

JOSEFINA Por fin, sola.

(Sentándose junto al ventanal.)

¡Qué hermoso es París!

CARLOS Libre por fin hasta nueva orden. Veamos si puedo dar con Carola.

(Por el despacho dirigiéndose hacia la puerta de la izquierda.)

JOSEFINA (¡El! Bien pensaba yo.) Carlos.

CARLOS (¡La Emperatriz aquí!) Majestad...

JOSEFINA Acércate, amigo mío.

CARLOS Majestad.

(Adelantando un paso.)

JOSEFINA Deja ese trato
para asuntos oficiosos
allí... entre los cortesanos;
aquí, solos... no precisan
esas frases de palacio
finas y superficiales
que no pasan de los labios,
en ellos nacen y mueren
sin más vida que el halago.

CARLOS Señora...

JOSEFINA Deja ese tono...
Y pues íntimamente te hablo
sinceramente contesta.

CARLOS No lo dudéis.

JOSEFINA Dime, Carlos:
¿amas mucho a tu Carola?

(Tan inesperada pregunta, por más que llena de asombro a CARLOS, dejándose llevar por los impulsos del corazón, contesta rápidamente.)

CARLOS — Con el alma.

(JOSEFINA sonríe tratando de disfrazar la pasión que el mancebo ha encendido en su corazón de mujer caprichosa. El dominio de ser quien es, no la hace retroceder ni un solo punto para el logro de su ilusión.)

JOSEFINA — Yo te alabo
la elección. Como mujer,
soy curiosa. No lo mando,
solamente te suplico
que con acento el más franco
me digas de tu Carola
cómo estás enamorado

CARLOS — Con la pureza del alma,
con el amor el más santo
que cabe en un pecho noble
y en un corazón honrado.
Su imagen, su pensamiento,
llevo conmigo en el campo
de batalla cuando lucho,
pues ella guía mis pasos.

JOSEFINA — ¡Al amor de tu adorada,
veo unido tu amor patrio!

(Cambio de tono. Siempre insinuante, a la par que CARLOS mostrándose vehemente, hasta que llega a comprender su verdadera situación para con JOSEFINA.)

¿Y si ella, Dios no lo quiera,
faltase a su amor jurado?

CARLOS — ¡Qué decís! ¡Oh, no es posible!
¡No es posible tal sarcasmo!
Si así fuera, yo sería
el hombre mas desdichado
¡Ingratitud en Carola!
¡Qué terrible desengaño!...

JOSEFINA — Dichosa mil y mil veces
mujer que te ha enamorado
con firmeza a tal extremo.
¡Quién como ella! Y dime, Carlos:
¿Y si por tus simpatías,
una mujer de mi... rango,
se demostrase dispuesta
a elevarte, sólo en pago
de ser con ella discreto

cual todo buen cortesano...?
Di francamente, ¿qué harías
puesto en semejante caso?

(Larga y expresiva pausa en lucha de pensamiento por parte de CARLOS y triunfo de JOSEFINA.)

Responde... ¡Qué te sucede!
¡Quedáste mudo de... espanto!

CARLOS
Vuestras palabras, señora,
me dejan tan admirado,
que a decir verdad, no sé
si despierto estoy soñando
o si de un sueño despierto
en lugar imaginario
cual el caminante que
sediento en desierto árido
ve un óasis, en él cree,
y al faltarle sólo un paso
para llegar hasta él
se difuma en el espacio.

JOSEFINA
Desciende a la realidad
de la vida, amigo Carlos:
y pues tienes la fortuna
al alcance de la mano,
no la desprecies, avanza,
echando un velo al pasado
para gozar del presente
sin espejismos ni pasmo
ya que se ofrece camino
a tu vista, corto y llano.
¿No lo ves así?

CARLOS
Lo veo...
Pero a comprender no alcanzo...

JOSEFINA
¡Tan corta es tu decisión!
Yo te creía más... práctico.

CARLOS
Señora, ¡me volvéis loco!
De vuestra voz el encanto
trastorna todo mi ser,
produce tal arrebato,
que, olvidando quien sois vos
y de quien soy yo olvidado,
a vuestras plantas se postra
este iluso, este insensato

para obtener vida o muerte
de vuestras egregias manos.

(Cae de rodillas ante ella en su loca pasión amorosa.)

NAPOLEÓN aparece en la puerta de su despacho, quedando en el centro con su habitual pose.

JOSEFINA, al darse cuenta de la presencia de NAPOLEÓN, fingiendo gran serenidad dice.)

JOSEFINA A tiempo llegáis, señor. Ya lo veis, nuestro protegido Carlos, a mis plantas y con enamorado acento, solicita de nuestra gracia se apresure todo lo posible su boda con mi camarista Carola, a la que tanto aprecio y he prometido apadrinar.

NAPOLEÓN Igual distinción concedo por mi parte a Carlos. Su padrino de boda seré, mucho más cuando con ello creo complacer a mi amada Josefina. ¿No es así, señora?

JOSEFINA Acertasteis como siempre, señor.

CARLOS ¡Oh, majestad! No encuentro palabras con que manifestar mi agradecimiento.

NAPOLEÓN

(Con cierta ironía.)

Siendo siempre fiel a tus señores.

(Un grupo de altos personajes se presentan en el foro. NAPOLEON va a ellos para dar lugar a los apartes de CARLOS y JOSEFINA.)

CARLOS ¡Y a vos, señora de mi ilusión, como pagar vuestros favores!

JOSEFINA Discreción. Mucha discreción.

(Preséntase el MAESTRO DE CEREMONIAS.)

M. DE C. La hora de la fiesta, majestad.

NAPOLEÓN Allá vamos.

(JOSEFINA hace ademán de marchar, pero NAPOLEÓN detiene su paso.)

Un momento, señora.

(Todos los demás personajes vanse por el despacho.)

(Quedan en escena JOSEFINA y NAPOLEÓN.)

JOSEFINA ¿Qué deseáis de mí, señor?

NAPOLEÓN Que me escuchéis unas cortas palabras.

JOSEFINA Decid.

NAPOLEÓN Mañana, las bodas de vuestro protegido Carlos ¿No es así?

JOSEFINA Decid mejor de mi protegida Carola.

NAPOLEÓN Sea. Vos protegéis a vuestra camarista y yo a un valeroso y gallardo soldado, y con ello cumplimos ambos con nuestro deber.

JOSEFINA Así lo creo.

NAPOLEÓN Yo os lo aseguro. Y como en mí no está el hacer las cosas a medias, he resuelto no sólo mirar por el presente de nuestros apadrinados, sino también por su porvenir.

JOSEFINA Y ello es...

NAPOLEÓN Mañana, las bodas, y pasado, los novios saldrán para Alejandría a ocupar un alto destino que constituirá la felicidad de vuestra protegida a la par que la salvación del no menos protegido por mi parte, Carlos.

JOSEFINA Pero un viaje tan rápido...

NAPOLEÓN Razones de Estado, señora, razones de Estado. ¿Comprendéis mi decisión?

(Penetrando la intención de NAPOLEÓN, ello es la de alejar a CARLOS.)

JOSEFINA Comprendida, señor.

NAPOLEÓN Y ahora, a la fiesta sin que nadie pueda advertir en vuestra purísima frente la más ligera nubecilla de contrariedad.

JOSEFINA La configuración de las nubes no son más que caprichos de la imaginación que, al igual que se forman, pueden fácilmente disiparse.

NAPOLEÓN Acertasteis el símil, mi bella esposa. La fiesta nos espera. Sólo os suplico una sonrisa en los labios.

JOSEFINA ¿Por... razones de Estado, verdad?

NAPOLEÓN Precisamente, por razones de Estado que en mejor ocasión que la presente ya razonaremos. Vamos.

(Danse el brazo ceremoniosamente y vanse por la izquierda pausadamente.)

CUADRO II. — Bajo el cortinón de las Insignias

MÚSICA

(La fiesta ha principiado y óyese cantar una Romanza, hasta cuyo final no se descubre la escena, que presenta...

Riquísimo salón de fiestas ocupado por toda la nobleza en su lugar correspondiente, según su jerarquía.

Presentación plástica

El artista cantor de espaldas al público con su papel de solfa en la mano.

Todos celebran la canción.

Durante la escena hablada que sigue, Napoleón y Josefina, con algunos nobles, quedan en el fondo conversando.)

HABLADO

D. Heliodoro, D.ª Eufrasia, Damitas 1.ª y 2.ª y otras muchas.

Don Hel. ¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Sublime! ¡Ideal! ¡Inconmensurable! ¡No hay más allá! Es decir, sí: en cuanto a belleza, aquí, aquí hay lo que no *hay* en ninguna parte. Un certamen de hermosura en el que si yo fuera jurado me vería en grave compromiso para otorgar el primer premio.

Dama 1.ª ¡Oh! el señor Duque nos hace inmerecido favor... Se excede en su galantería...

Don Hel. No, no: justicia, no más que justicia es la mía. La nobleza de Luis XVI no manchó jamás sus labios con una mentira.

Dama 1.ª ¡Cuidado, señor Duque!... En el actual régimen no pueden exteriorizarse ciertas cosas...

Don Hel. Por mis elevados títulos de nobleza me hallo a cubierto del poder de los nobles de nuevo cuño. Soy Marqués de Loire, Vizconde de Gascuña, Barón de Bretaña y Duque de los Pirineos. Ya lo veis, cuatro veces noble. Mis títulos ocupan toda la Francia,

D.ª EUF. Cuatro veces noble y cien veces conquistador con las damas.

(Vieja pretenciosa y muy chata.)

DON HEL. (¿De dónde sale esta chata?) Efectivamente, no puedo negar mi fortuna para con las damas... en el buen entendido de las costumbres de la Corte de Luis XVI, corte de galantería, del buen gusto y distinción, de...

DAMA 1.ª Cuidadito, señor Duque, que las paredes tienen oídos...

DON HEL. No importa que los tengan. ¡Que mal hay en lo que digo! ¿Que entonces las mujeres eran muy hermosas? ¡Claro que sí! Esto no significa decir que hoy no lo sean.

D.ª EUF. ¡Oh, señor Marqués de Loire!

DON HEL. Lo son, vaya si lo son. La prueba está en este ramillete de flores aquí presente.

D.ª EUF. ¡Oh, señor Vizconde de la Gascuña!

DON HEL. Ramillete de flores y estuches de joyería.

D.ª EUF. ¡Oh, señor Barón de Bretaña!...

DON HEL. Labios de coral. Ojos de diamantes. Frentes de nácar. Dientes de finísimas perlas...

(A cada una un requiebro después de examinarlas detenidamente con los impertinentes.)

D.ª EUF. ¡Oh, señor Duque de los Pirineos!...

(Adelantándose frente a D. HELIODORO, para que éste le dirija su comparación.)

¿Y yo?

DON HEL. (¿Qué la diré yo a esta señora sin narices?)

D.ª EUF. ¿Y yo, qué?

DON HEL. Vos, señora...

D.ª EUF. Sí, sí: a mí me toca. ¿Qué decís de mí?

DON HEL. ¿Qué queréis que os diga? Pertenecéis al bello sexo, y para mí todas las mujeres son ángeles caídos del cielo.

D.ª EUF. Así, pues, yo también soy un ángel?

DON HEL. Sí, por cierto.

D.ª EUF. ¿Y también caí del cielo?

DON HEL. ¿Quién lo duda? Pero vos, señora, caísteis de narices.

(Risas en todos.)

M. DE CER. Los danzantes rusos.

(Colocación de todos los personajes convenientemente.)

BAILE RUSO

(Terminada la Danza y estrechando la mano al EMBAJADOR.)

NAPOLEÓN Quedamos grandemente complacidos por vuestro obsequio, general.

EMBAJ. Todo nos parece poco para honoraros, majestad, siendo como sois el héroe de todas las batallas.

NAPOLEÓN Quien vence en las batallas no soy yo precisamente: es el pueblo, son mis valerosos soldados. Tanto es así, que en uno de ellos quiero evidenciar mis palabras apadrinando con la Emperatriz, mi esposa, sus bodas en la tradicional iglesia de Santa Genoveva.

(Presentando a los novios.)

Carlos Montfiel, oficial de mi Guardia, se casa con Carola de Artignan, camarista de mi fiel esposa Josefina.

(Enhorabuenas y saludos en todos.)

Pasemos a ver los regalos de boda.

(Todos principian a desfilar.)

CUADRO III. — PRESENTACIÓN DE LOS REGALOS DE BODA

(Ricos presentes formados por la plasticidad de mujeres transfiguradas en joyas.)

MÚSICA

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO PRIMERO. — Murmuración

Decoración de calle del viejo París, frente a la iglesia de Santa Genoveva.

El pueblo que transita por las calles al oír el rumor de

Banda de Tambores

que figura haber pasado ya, agrúpase al lateral.

En escena, Catalina, Anselmo, Pedro y pueblo. Después Nicolás.

Catalina — ¡La Guardia Imperial de Palacio! ¡La Guardia Imperial!

Anselmo — ¿Tienes tu novio entre ellos, Catalina?

Catalina — Yo no tengo novio.

Anselmo — Pues lo mereces, y precisa que lo tengas.

Catalina — ¿Por qué?

Anselmo — Porque edad tienes para ello.

Catalina — ¿Qué le importa a usted mi edad, tío moscón!

Anselmo — Como todo buen ciudadano, justo es que me interese por el crecimiento de la Francia, y como tú eres de las llamadas para hacerla crecer...

Catalina — ¿Usted qué sabe?...

Anselmo — Si no lo sé, lo sospecho.

Pedro — (Viejo ciudadano enemigo del régimen.) ¡Habéis visto qué lujo más insultante!

Anselmo — ¿Os disgusta la brillantez de nuestro ejército?

Pedro — Me revienta todo lo que sea oropel.

Anselmo — Las glorias del Emperador son de un valor positivo.

Pedro — ¡El Emperador!... ¡el Emperador!... Del fuego nos sacó para arrojarnos en las ascuas.

Anselmo — No os comprendo.

PEDRO Torpe sois, amigo.

(El diálogo interesa a los curiosos que forman corrillo.)

ANSELMO Hablad más claro.

PEDRO Napoleón es un ambicioso que hizo desterrar a la nobleza de Luis XVI para crear a su antojo una corte de incondicionales por él ennoblecida de golpe y porrazo.

ANSELMO No tanto.

PEDRO ¿Cómo que no? ¿Acaso sois ciego? En estos momentos se nos está dando una prueba de lo que digo.

ANSELMO ¡Una prueba!

PEDRO Patente y clara. ¿A qué viene el encumbramiento de ese oficialillo llamado Carlos que no se sabe de dónde ha salido y cuyas bodas se celebran hoy en Santa Genoveva con tanta pompa?

ANSELMO Sus méritos tendrá el militar.

PEDRO ¡Méritos! Intrigas cortesanas. El intruso es un guapo mozo, la emperatriz Josefina una mujer caprichosa, y... y no digo más.

ANSELMO Sí, sí; bastante habéis dicho para ser comprendido y aun apresado según quien os oiga, ciudadano.

PEDRO ¿Sois vos esbirro?

ANSELMO ¡Dios me libre! Pero...

CATALINA ¡Silencio! Por aquí se acerca el peluquero Nicolás: es amigo mío y por él podremos saber muchas cosas.

PEDRO ¡Ya lo creo! Lo que es y lo que no es nos dirá esa trompetilla de Palacio.

CATALINA ¡Eh, señor Nicolás! ¡Señor Nicolás!

(Que llega por un lateral.)

NICOLÁS ¿Quién me llama? ¡Ah! ¿eres tú, preciosísima Catalina? ¿Qué deseas de mi servicial persona?

CATALINA Saber lo que ignoramos. Lo que se dice por la Corte, que usted mejor que nadie puede enterarnos.

NICOLÁS ¡Oh, favor que me haces, capullito de rosa!

(Acariciándola.)

CATALINA ¡Eh! las manos quietecitas, señor Nicolás, que no soy clavicordio para el tecleo.

NICOLÁS ¡Ay, qué graciosísima! Escuchad.

(Forman grupo.)

Muy bajito, muy quedito
por la Corte se murmura
lo que sólo me limito
a lanzar a la ventura.
Se dice...
Se dice que se conspira
con instintos muy dañinos
y que los conspiradores
son jacobinos.

PEDRO — Los jacobinos
no son dañinos.

NICOLÁS — Se dice...
Se dice que sobre el Sena
se va a alzar un puente hermoso,
que Austerlitz tendrá por nombre,
nombre glorioso.

ANSELMO — Nombre glorioso
y majestuoso.

NICOLÁS — Se dice...
Se dice que de unos novios
la emperatriz Josefina,
sus bodas a todo lujo
las apadrina.

PEDRO — Carola y Carlos.
¡Bien se adivina!

NICOLÁS — Se dice:...
Se dice que de una fiesta
asombrarán los detalles,
preparada en los jardines
del gran Versalles.

PEDRO — El oro a chorros
corre en Versalles.

CATALINA — ¿Y nada más?
ANSELMO — ¿Te parece poco, muchacha?
NICOLÁS — Pues sí señor que hay más.
TODOS — Veamos qué es ello. Decid, decid.
NICOLÁS — Prometedme el secreto, ¿eh?
ANSELMO — ¡Claro que sí!
CATALINA — Ni qué decir tiene.
PEDRO — ¡Secreto a voces!
NICOLÁS — Pues...
Se dice...
Se dice que se divorcia

matrimonio de gran talla:
quién es él y quién es ella
mi boca calla.

PEDRO ¡Ah, la gran bomba
por fin estalla!

NICOLÁS Muy bajito, muy quedito
esto la Corte murmura,
mas yo sólo me limito
a lanzarlo a la ventura.

¡Ea! con Dios quedad, que mis obligaciones solicitan mi persona en Palacio. ¡Adiós, ciudadanos! ¡Adiós, preciosísima Catalina!

CATALINA ¡Adiós, señor Nicolás!

PEDRO Lo que dije, una trompetilla palaciega. ¡Vaya un tipo!

ANSELMO Todo él son reverencias.

PEDRO Ese es de los que poseen el arte de elevarse.

ANSELMO ¡Tantos hay que se elevan sin saber cómo!

PEDRO ¡Que no se sabe! Todo se sabe teniendo buen olfato. Ejemplo: ¿hay quién ignore de dónde sale el lujo que gasta la ex verdulera Hortensia de algún tiempo a esta parte?

ANSELMO ¿La dama de los lazos de seda, como dan en llamarla por la vecindad?

PEDRO La misma. Esa por un puñado de oro ha delatado a su novio como conspirador, y a más vende sus caricias a un noble ridículo tan cargado de doblones como de años y achaques.

CATALINA Eso sí que es verdad.

PEDRO Pero deja tú, que cuando su novio dé con ella, ya tendrá su merecido, pues el mozo es un bravo corso de los que no perdonan.

CATALINA ¡Chito! que aquí se acerca ella como una pava llena de orgullo.

ANSELMO ¡Cierto es!

PEDRO Y por allí llega Jácomo hecho una fiera. ¡Salió o escapó de la cárcel? ¡Aquí fué Troya!

(Efectivamente, por un lateral aparece HORTENSIA ricamente ataviada, muy orgullosa de su persona, al mismo tiempo que por el lado opuesto se presenta JÁCOMO, bravo corso como se ha dicho.)

MÚSICA

EL la cierra el paso con fiera actitud, y en característica DANZA la increpa por su vil conducta.

ELLA, valiéndose de sus mañas de mujer hermosa, intenta rendirle al amor.

Vano intento.

EL, en su loca venganza, a zarpazos va despoándola de sus galas, rasgando sus ropas hasta que al fin ELLA cae a sus pies implorando piedad.

EL la desprecia quedando en plástica actitud y se la lleva en volandas por un lateral, seguidos por el pueblo.

Llega la COMITIVA, que entra en la iglesia.)

CUADRO II

INTERIOR DE LA IGLESIA DE SANTA GENOVEVA

Rico ceremonial de las bodas de CARLOS y CAROLA.

CUADRO III

PRESENTACIÓN DEL NÚMERO LUMINOSO para dar tiempo a la MUTACIÓN

CUADRO IV

JARDINES DE VERSALLES

Por ellos se pasea la flor y nata de la nobleza de la época luciendo sus ricos trajes.

MODELOS DE MODA.

SALUDOS CORTESANOS.

GRUPOS ELEGANTES.

FUENTE LUMINOSA con chorros de agua natural

APOTEOSIS

FIN DE LA OBRA

3 0112 117459393